

AINARA

. Era la hora de la siesta, sólo se escuchaba el ruido de los insectos y el murmullo del agua al golpear sobre las piedras. Ainara, el cabello rubio despeinado sobre el rostro, corría entre los árboles.

Al llegar a la ribera, se dejó caer en el pasto, mientras miraba al río con indiferencia. Distráida, recogió piedras y las tiró una tras otra al agua, con movimiento pausado. El agua se agitó. Ainara se puso a llorar con desconsuelo inusitado, mientras acariciaba la diadema que le regalara su padre para su cumpleaños.

Se sentía atormentada por la memoria de recuerdos olvidados. Gestos, palabras murmuradas en tono bajo que, muchas veces, había intentado adivinar. Y silencios, silencios prolongados cuando ella abruptamente descubría a sus mayores en sigilosas conversaciones.

Con frecuencia, había percibido la indiferencia de Celina y sus exagerados enojos ante sus travesuras infantiles. Pero el padre amparaba todo el tiempo a su hija, su adoración por Ainara era indiscutible. El comerciante, aún cuando estuviera ocupado en atender a su distinguida clientela, solía interrumpir sus tareas para abrazarla y confortarla.

Y sin embargo....

* * *

El día del cumpleaños de Ainara, la fiesta en la casa de la familia Del Puente había comenzado bien temprano. Las jóvenes y los muchachos del pueblo llegaron acompañados por sus padres.

Ainara era feliz. Bailó sin parar con sus amigos al son de las gaitas y las flautas, mientras todos admiraban la espléndida diadema dorada. Pero ella, entre sonrisas y giros, vigilaba la puerta de entrada. Esperaba ver a Froilán atravesarla en cualquier momento. Le gustaba la pícaro mirada y la rojiza cabellera del muchacho y estaba segura que él también la quería.

Por fin, Froilán llegó a la fiesta con su tía abuela. Ayudó a sentarse a la anciana y besó cariñosamente a Ainara. Luego bailaron juntos, pero las palabras que la muchacha ansiaba escuchar, no llegaron.

Un instante después Froilán sacaba a bailar a Marcia. Ainara sintió una puntada en el pecho y una extraña sensación en la boca del estómago. Molesta, comenzó a espiarlos. Ambos jóvenes se alejaban del salón, hacia la glorieta. Sus miradas y sus sonrisas lo decían todo.

Entonces, fue cuando aquello comenzó. Ainara se sintió poseída por el feroz sentimiento de destrozar a su rival. La imaginó golpeada, herida, dañada, destruida. En ese momento, percibió que con un movimiento imperceptible, como si hubiera sido sacudida por una mano invisible, una de las vigas de la glorieta comenzaba a desprenderse. Sólo ella lo notó y permaneció muda, absorta, expectante, mientras el grueso madero recubierto de flores golpeaba la nuca de Marcia. Todo sucedió muy rápido. El piso se llenó de pétalos manchados de sangre.

La gente gritaba y corría, la madre de Marcia lloraba. Solo dos personas permanecieron quietas, sin participar del alboroto. Ainara, que no dejó de beber la copa de sidra que tenía en la mano y Rogelio, quien desde la otra punta del jardín, el rostro rígido, la mirada tensa, el ceño fruncido, no podía sacar la vista del rostro de su hija.

El hombre sacó un pañuelo y se limpió el rostro, como si así pudiera ahuyentar un mal recuerdo. Parecía que contemplaba a un fantasma. Él ya había atisbado esa expresión de satisfacción contenida en otra persona, hacía mucho tiempo.

Unas semanas después sucedió el segundo accidente. Ocurrió cuando Ainara caminaba por el sendero hacia el pueblo. El viejo Segismundo venía en su carro cargado de cereal, tirado por dos caballos. El hombre tenía mal carácter y peores modales. Además detestaba al padre de Ainara.

—¡Chiquilla estúpida! ¿No puedes mirar por dónde caminas, como la gente normal? ¡Siempre en el medio, pequeña desgraciada! —Gritó con voz aguardentosa, mientras le echaba una mirada furibunda.

Ainara lo miró y guardó silencio. En su casa no se acostumbraba a insultar ni a maltratar a nadie. Cuando el carro pasó junto a ella, Segismundo largó un escupitajo al suelo y a la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas. Al verlo alejarse a toda velocidad pensó que el viejo era un imbécil, un mal nacido que apaleaba desaforadamente a sus caballos y a cuanto bicho se cruzaba en su camino. En su cabeza bulleron pensamientos de muerte, sus facciones se endurecieron en una mueca de ira.

Entonces, una de las enormes ruedas del carro se desprendió y el viejo, que en la distracción había aflojado las riendas de los caballos, voló por el aire. Su cabeza se estrelló contra unas piedras que estaban al costado del camino; varios dientes flojos saltaron de su boca. El cuerpo inerte parecía una montaña de huesos y harapos, coronada por un cráneo triturado.

Rosaura, la nodriza de Ainara, había visto la escena desde el jardín de la gran casa y salió a buscarla. Sin mediar palabras, la tomó del brazo y la alejó de allí casi a la rastra. Ainara advirtió en el rostro de su nodriza una expresión, mezcla de asombro y reproche.

Los vecinos comenzaron a llegar. Desde la casa, se podían escuchar los murmullos de sorpresa y conmiseración.

“¡Está muerto! ... ¡Está muerto!”

Pasado el primer momento de estupor, Ainara se puso a temblar. Rosaura le alcanzó una copa de licor y le acarició el cabello con ternura. Un momento después, Celina entró a la habitación.

—¿Qué fue todo ese alboroto? —Preguntó, con ese su tono de siempre, tan distante y suave.

Ainara miró a su madre y tuvo ganas de gritarle. Una lágrima se deslizó por su mejilla, mientras una oscura duda se abatía en su interior. Primero el golpe que sufriera Marcia y luego la muerte de Segismundo le hacían presentir que, de alguna manera, esa furia incontrolable que había comenzado a surgir en su interior, era la culpable de esos “accidentes”.

La chica necesitaba hablarlo con alguien, pero no se animaba a acercarse a su madre, Celina no entendería. La mujer, quien viviera tiempos mejores en su juventud, había sido dada en matrimonio por el abuelo de Ainara a Rogelio. Fue un casamiento de conveniencia. La muchacha percibía que Celina no amaba a Rogelio y sentía su indiferencia.

Rosaura, su nodriza era mucho más amable y cariñosa. Solía decirle que tuviera paciencia, que después de toda tormenta viene la calma y refranes parecidos. Sin embargo, Ainara temía confiarle lo que le sucedía.

En ese momento se abrió la puerta, y el hombre entró con pasos enérgicos. Se paró delante de la joven y sin preámbulo alguno, ante la alarma de Rosaura, preguntó:

—¿Qué pasó Ainara? ¿Cómo fue el accidente? ¿Lo viste?

Ella lo miró con una expresión de tristeza profunda en sus ojos claros.

—Si padre, casi me atropelló con ese destartalado carro, me insultó y me escupió. Y siguió su camino, maldiciendo a todos los que se le cruzaban, mientras les tiraba rebencazos a sus caballos. Tenía que terminar mal, era su destino.

Rogelio se dejó caer en una silla y se agarró la cabeza con las manos. ¿Se repite la historia? Pensó. Sintió que un estremecimiento lo recorría.

—Lo lamento hija, de todas maneras, por favor, no menciones que viste el accidente.

Ainara lo abrazó con cariño, pero él la rechazó con un ademán nervioso.

— Perdona hija —Murmuró. Se levantó y salió con prisa de la habitación.

La joven percibió la mirada de Rosaura, que contemplaba la escena en silencio, intuyó que ellos sabían algo y tuvo miedo de preguntar.

* * *

Un mes después del segundo accidente y cuando la muchacha ya había llegado a pensar que lo que sucedido habían sido hechos casuales, fue cuando ocurrió por tercera vez.

Era una tarde de verano y madre e hija habían ido a la casa de la modista del pueblo. Al salir se tropezaron con don Francisco Villamayor, uno de los más encumbrados comerciantes de ese lugar. El hombre, profundo admirador de la belleza femenina, lucía sin vergüenza su ancho vientre y llevaba el cabello largo y entrecano, suelto hasta los hombros.

Al cruzarse con ellas, don Paco con un gesto galante se sacó el sombrero y las saludó. Celina y Francisco cruzaron rápidas miradas. La mujer esbozó una suave sonrisa que, por un instante, iluminó su rostro, mientras los ojos del hombre espiaban sin disimulo su escote.

Ainara percibió la situación y una creciente ira comenzó a bullir en su cabeza. ¡Cómo podía Celina mirarlo así!

La muchacha cerró por un segundo los ojos, tratando de disimular su furia. “*Maldito viejo barrigón, porqué no te ocupas de tu mujer, en vez de babearte por cuanta hembra se te cruza en el camino*” pensó indignada. Seguro que su padre jamás haría algo así. “*¡Ojalá revientes como un sapo!*” Murmuró por lo bajo, mientras se alejaban.

Esa noche, Villamayor cenó copiosamente. Concluida la comida, su mujer le alcanzó una copa de buen jerez. Paco, sumido en sus pensamientos, saboreó la bebida. Con los ojos entrecerrados, evocó el recuerdo de Celina. Él sabía que su vecina en la intimidad se transformaba en una hembra en celo. Sin embargo, aunque trataba de recordar el rostro y otras partes de la

anatomía de Celina, en su mente, una y otra vez, se le presentó la imagen de Ainara. Con la boca abierta por el asombro, se sintió traspasado por esos ojos verdes cargados de odio y la copa cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Así lo encontró su mujer un rato después, con los ojos muy abiertos y una expresión aterrorizada en el rostro, pálido, frío, muerto.

* * *

Nadie sospechó nada raro ni se preocupó demasiado por la muerte de Villamayor. La única en lamentarlo fue Celina, a quien más de una vez encontraron llorando por los rincones.

Ainara, con la certeza de poseer un extraño poder, sintió un cierto placer en haber castigado al amante de Celina. Pero comenzó a tener miedo. No entendía por qué le sucedía todo eso.

Eludía la compañía de la gente y paulatinamente perdió su vivacidad. Ya no quiso ir más a las reuniones en las casas de sus vecinos. Vivía concentrada en sus pensamientos. Hundida en sus tribulaciones comenzó a desmejorar.

Entonces, una tarde que se había quedado sola en la casa, la muchacha movida por una curiosidad irrefrenable se deslizó dentro del escritorio de su padre.

Siempre le había gustado esconderse ahí. Pero esta vez se dedicó a revisar concienzudamente cada uno de los cajones y gavetas. Buscaba algo, no sabía qué, algún dato de la familia, alguna referencia que le hiciera comprender que tipo de mal le aquejaba.

Al no encontrar nada interesante, se encogió de hombros y dejó todo como lo había encontrado. Contempló la vetusta biblioteca y sonrió levemente, mientras deslizaba su mano por los viejos libros. Ellos la tentaban con sus tapas encuadernadas, de colores lujosos y letras

doradas. Sacó uno como al descuido y vio el casi imperceptible bulto detrás de los libros. Alguien había ocultado allí un viejo y ajado manuscrito.

Lo abrió intrigada. Las hojas olían a humedad y; a pesar de que se veía borrosa por los años transcurridos, reconoció la letra de su padre.

No puedo más, la situación me supera. Amo a Ysabela con todas mis fuerzas. Ocultos, siempre a escondidas, ese fue nuestro destino y ahora la mujer más hermosa que he conocido acaba de morir. Yo tengo la culpa, debí haber actuado antes, cuando comenzaron a suceder las desgracias y nuestros vecinos, uno a uno, murieron víctimas de extraños accidentes.

Al fallecer sus padres ella se hizo cargo de la hacienda, pero una mujer sola, que se basta a sí misma, no es normal, todos lo saben. Las mujeres han nacido para servir a los hombres como esposas, como hijas, deben bordar, leer, tocar el piano. Ir al campo y cuidar los animales, eso es cosa de hombres. Además, ella se negó a casarse con un par de los más notables del pueblo, pese a sus insistencias. Hubiera podido hacerlo, mi corazón se encogía cuando otro hombre se le acercaba. Pero Ysabela me amaba, y aunque lo nuestro era imposible, ella era leal.

Los que se creían dignos candidatos a su mano y a su fortuna, ofendidos en su orgullo, dejaron de protegerla. El alcalde también la deseaba; aunque ella me lo ocultó, yo lo había descubierto. Ysabela lo rechazó abiertamente y el hombre no fue tan benévolo como los demás. Juró vengarse. Después de eso, medio pueblo la acusó de brujería. Dijeron que era la causante de muchas desgracias que comenzaron a suceder en el pueblo. Lo peor de todo, es que yo también dudé. Llegué a mirar con miedo sus hermosos ojos verdes, pensando que me había hechizado, y la abandoné.

Nuestros encuentros habían sido siempre clandestinos y cuando el Gran Inquisidor la hizo detener, ella no me delató. Por eso, cuando nació la niña, muchos dijeron que era hija del Diablo. Con vergüenza y sumido en el arrepentimiento, logré salvar a la pequeña.

¿La niña? ¿Brujería? Pero, entonces... Ainara se detuvo un instante, la vista transfigurada por una sospecha incipiente. Su propio padre le había mentado. La indignación se mezcló con un repentino mareo. Temblaba. Trató de aquietar los latidos de su corazón, y ansiosa, siguió leyendo.

Se han repartido sus tierras y yo que debí defenderla, no hice nada. Debería haber enfrentado la situación y asumido las consecuencias de mis acciones. Tampoco me atreví a rescatarla y huir. Pero para eso tendría que abandonar todo, mis bienes, mi fortuna. Sólo Rosaura por ayudarme, ocultó a la niña en su casa.

Mientras el Gran Inquisidor, con una sonrisa triunfante, seguido por la plebe caminaba por la calle, mis ojos la perseguían, cobarde de mí. Con las manos atadas y la ropa embarrada, cayó al suelo, ante la indiferencia de la gente. Entonces me acerqué y la levanté y ella, con una triste sonrisa, murmuró:

— *Cuida a la niña, te la encargo...*

Y se la llevaron. El poste y los leños ya estaban preparados. La ataron con una gruesa cuerda, sin ningún miramiento. Hermosa aún en su desgracia, ella los miró con esos enormes ojos verdes, que tantas veces me contemplaron amorosos.

Encendieron el fuego, que la quemó despiadadamente. Ysabela gritó, hasta que las llamas ahogaron su lamento. No pude mirar más, me fui corriendo de la plaza.

La joven había comprendido. Hizo un esfuerzo, y a pesar de las lágrimas que humedecieron sus ojos, continuó.

Ahora esperaré un tiempo para traer a Ainara a casa, el suficiente para que la gente se olvide, no quiero que Celina sospeche. Le diré que es hija de campesinos, que sus padres no

tenían dinero para criarla, y me la dieron en pago de una deuda. Celina no puede tener niños y seguro la aceptará. Pero... ¿Cómo dormiré de ahora en más? ¿Cómo olvidare?

Ainara no pudo leer más. Ahora comprendía todo, las frases dichas a medias, el desdén de Celina, el fervor de su padre. Sintió que una furia sorda e incontrolable le crecía en el pecho.

Volvió a guardar el viejo manuscrito, salió de la casa y huyó. Mientras se alejaba del pueblo, supo que los odiaba a todos y a cada uno. La habían separado de su verdadera madre. Los maldijo con toda la fuerza, con toda la ira contenida, que irrefrenable surgió a borbotones, distorsionándole el rostro.

* * *

Miró correr el agua mansa del río y arrojó una última piedra, que se hundió como las otras. . Su madre... ¡cómo deseaba poder abrazarla!

Se inclinó, el agua le devolvió una imagen parecida a la suya. Sólo que le sonreía, la llamaba. Ainara contempló absorta el ondulante reflejo. Ysabela le tendía los brazos. A lo lejos se escuchaba el sonido de la cascada.

No dudó. Se sacó los zapatos y se metió en el río. La imagen de su madre se movía, se alejaba. Avanzo sin vacilar, hasta que el peso de su pollera empapada la hizo resbalar. El rumor del agua entrechocando en las piedras era cada vez más fuerte. Comenzó a hundirse hasta que por fin su rostro desapareció de la superficie. Percibió la sensación del abrazo y se entregó a él.

Por un instante su cabellera rubia flotó en el agua y la diadema se desprendió para atorarse en un matorral. Mientras la corriente la arrastraba, sintió que el agua penetraba en sus pulmones. Le pareció que el mundo estallaba en mil colores. Ya no importaba, se dejó mecer, acunar, abrazar. Su vista se nubló.

Suaves burbujas subieron, una a una, a la superficie. Era la hora de la siesta; sólo se escuchaba el ruido de los insectos y el murmullo del agua del río al golpear sobre las piedras.

En el pueblo había un silencio de muerte...

FIN

SEUDÓNIMO: MNEME